BESTIARIO DE LA DICTADURA: LA VIOLENCIA POLÍTICA EN LA NOVELA HISPANOAMERICANA

*Juan Antonio Rosado**

I. Fuerzas contrarias

Antes de abordar el problema de la *animalización* de la violencia política en la novela hispanoamericana para constituir un breve “bestiario”, es necesario establecer un antecedente fundamental. *Civilización y barbarie*, título de una obra del argentino Sarmiento en torno al caudillo arquetípico Facundo Quiroga, es también uno de los temas centrales en toda la narrativa latinoamericana. Pero si en el siglo XIX Sarmiento atribuía la civilización a los europeos, el mexicano Manuel Payno fue mucho más realista al escribir, en el prólogo de *Los bandidos de Río Frío*, que de la civilización “está por desgracia muy distante el mundo todo”. La lucha épica entre cosmos

y caos, llevada en ocasiones a un nivel mítico, no es propia de nuestra narrativa decimonónica ni de aquellas novelas emparentadas con el nacimiento de las naciones independientes en América Latina, sino que se prolonga durante la primera mitad del siglo XX, sobre todo en obras de temática indigenista, telúrica o de la dictadura. En estas últimas, dicha dicotomía puede presentar marcadas connotaciones políticas, como en *Tirano Banderas* (1926), del gallego Ramón del Valle-Inclán, donde fuerzas inconciliables se enfrentan bajo las formas de *política como conflicto* y *política como orden*, pero también connotaciones míticas en obras como *El Señor Presidente* (1946), de Miguel Angel Asturias.

La barbarie a menudo es representada por instancias gubernamentales que parten del pretorianismo, como en *El otoño del Patriarca*

157

* Extensión Universitaria, ITAM.

NOTAS

(1975), de García Márquez, pero a veces se inicia con la misma figura del dictador o presidente, apoyado por la milicia y por alguna potencia extranjera. Los cómplices del sistema —ideólogos o represores— son primordiales para establecer y llevar a cabo la ‘legalidad’ que justificará y legitimará la violencia política; los traidores son siempre eliminados, como el presidente anterior al Patriarca, en la novela de García Márquez, quien prefirió suicidarse antes de que la potencia extranjera lo exterminara.

Ya en el siglo XIX, en novelas como *Astucia* (1865-66), del mexicano Luis G. Inclán, el gobierno era responsable del caos y de la represión, mientras que los bandoleros, charros justicieros, eran los ‘buenos’. El esquema se repite en todas las sociedades, donde la Revolución se enfrenta a la tiranía. Mientras que para esta última el movimiento revolucionario es de carácter subversivo e ilegítimo, para la Revolución la tiranía es la que sustenta la ilegalidad. El maniqueísmo de *Astucia* se abandona definitivamente en *Los bandidos de Río Frío* (1889-91), donde ya el gobierno no es ladrón, sino que *hay ladrones en el gobierno*, pero también personajes positivos: civilización y barbarie se interrelacionan, se mezclan en todos los ámbitos de la sociedad. Lo mismo ocurre en muchas

novelas del siglo XX, donde en general se ha abandonado el maniqueísmo en pro de una visión más realista, que también resalta los aspectos positivos y civilizadores del régimen dictatorial—como ocurre, por ejemplo, en *Yo el Supremo* (1974), de Augusto Roa Bastos—o se hace ver al lector que el régimen represor se originó en la Revolución y que por lo tanto la nueva Revolución acaso originará *otro* régimen represor—como en *Tirano Banderas*—. Sin embargo, esto no ocurre en *El Señor Presidente*, donde el país es un infierno dantesco, un *sistema de terror* en el que el dictador, vestido siempre de negro, se transforma en adversario de su pueblo (recordemos que la palabra acadia *shi-ta-an-nu*, ‘el que lucha’, está emparentada con el hebreo *satán*, adversario). El Señor Presidente ya no juega, como Santos Banderas en la obra de Valle, al esperpéntico ‘juego de la ranita’, sino al ‘juego de la mosca’ y aclaremos que la antigua divinidad asiria Belzebuth (‘el señor de las moscas’) se transforma en demonio dentro del cristianismo. En el infierno de la obra de Asturias, donde el dictador es comparado con el dios Tohil, del *Popol-Vuh*, quien estaba contento sólo con la sangre de las víctimas, no hay escapatoria alguna (sólo la muerte). Es por ello que las dimensiones míticas de esta novela la con-

NOTAS

vierten en obra universal, ahistórica, y también en una explicación más del mal en la tierra, que el pensador de todas las culturas se ha planteado como un problema fundamental.

De las dos fuerzas antagónicas—caos y cosmos, Tiamat y Marduk, Seth y Horus, Ying y Yang, Civilización y barbarie—es la barbarie la productora inicial de la violencia. Su poder e intolerancia, su rechazo constante del *otro*, de lo distinto, la hacen actuar impositivamente sobre la realidad y rociarla no sólo de violencia física (torturas, homicidios, masacres), sino también de otros tipos de violencia, como amenazas, privaciones de la libertad, control a través de la intimidación, chantajes, secuestros, exilios, etc. La violencia organizada o institucionalizada es refugio de la clase en el poder, vista por la literatura politizada de corte revolucionario como una fuerza esencialmente negativa. Como en el mito, la fuerza positiva—víctima de la violencia organizada—responderá con más violencia. A esta reacción se le ha llamado *contraviolencia* y se manifiesta de muchas maneras y con múltiples matices. La contraviolencia es popular y representa el deseo de civilización frente a la barbarie, posee connotaciones esencialmente positivas y puede considerarse como el arma de los huelguistas, de los explotados o segregados, la venganza ante

las injusticias sociales de los hombres violentos que detentan y abusan del poder. Un ejemplo claro son los Hermanos de la Hoja en *Astucia*.

El fenómeno de la violencia se ha estudiado desde muchos ángulos. Erich Fromm lo aborda principalmente desde un punto de vista psicológico en *Anatomía de la destructividad humana* y en *El corazón del hombre*; mientras que François Laplantine, en *El filósofo y la violencia* y René Girard en *La violencia y lo sagrado*, lo abordan desde la mitología y la filosofía. Infinidad de textos se han escrito sobre la violencia como *medio político* o desde un punto de vista sociológico, económico, jurídico o incluso biológico. En este sentido, se puede afirmar que no existe la violencia sino *las* violencias y que en todas se da la relación de conflicto entre el verdugo y la víctima, el amo y el esclavo, el violentador y el violentado.

A nivel social, como afirma Santiago Genovés, la conducta violenta es siempre evaluada a partir de patrones legales. La violencia es aniquilada por el aparato represor del Estado, que actúa en nombre de la sociedad y para la sociedad. Sin embargo, cuando la violencia está institucionalizada y es justificada por el aparato ideológico del Estado, es decir, por las leyes, se trata de dar una imagen de paz social y estabilidad, tanto hacia el exterior como

NOTAS

hacia las capas acomodadas del interior, que alimentan al gobierno con su riqueza. La institucionalización de la violencia, además de trivializarla, de volverla un elemento *cotidiano*, la acrecienta a medida que el gobierno pierde legitimidad. Dice Carlos Pereyra en *Política y violencia*: “a menor legitimidad, mayor violencia”, aspecto constitutivo de los regímenes dictatoriales.

En los códigos más antiguos de la humanidad, la violencia ha sido fundamental. En su libro *Violencia y política* Yves Michaud aclara que, efectivamente, la violencia ha sido siempre *consustancial al derecho*, y se ha entendido como indispensable para ejercer la coerción. Basta echar una breve ojeada a la historia. Desde el sumerio *Código de Urnammu* (ca. 2112 a. de n.e.), redactado por el hasta ahora considerado primer legislador en sentido estricto, hasta el *Código de la alianza* (*Éxodo*, cap. 21-24), pasando por el *Código de Hammurabi* (babilonio), el *Código de Manú* (hindú) y otros, la violencia como recurso para dominar, atemorizar y encauzar al pueblo, ha sido ejercida con el rigor de la ley, aunada a la religión y con características *clasistas*. Lo mismo ocurrirá durante la Edad Media europea y, aunque ya no vinculada a la religión, en nuestros días, ya que es en general la gente de bajos recursos económicos la que más se ve afec-

tada por el rigor del derecho. En general, los criminales con influencias o con mucho dinero, escapan de la tortura o de la pena capital: “No es, pues, la sociedad lo que las leyes penales defienden –dice Daniel Sueiro en *La pena de muerte*–, sino los intereses de un grupo dominante, que es el que fija los delitos y las penas.”

El dominio de los semejantes mediante la violencia justificada por la legalidad se da ya para proteger el sistema social de los rebeldes o descarriados, ya para obtener o conservar el poder económico y/o político, pues –dice Carlos Pereyra– “el poder no tolera ser compartido”.

La tortura, teóricamente abolida en casi todos los códigos entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, aún sigue vigente y hasta modernizada, con el agravante de que ya no hay leyes ni códigos que la regulen.

Los funcionarios siempre protegen a las minorías oligárquicas poseedoras del poder y, como escribe Asturias en *Hombres de maíz* (1949): “Funcionario quiere decir persona que siempre tiene razón.” Esto ocurre en *El Señor Presidente* con la violenta e inexorable figura del Auditor, cómplice del sistema. Ya desde el principio, cuando un mendigo a quien le llaman “el idiota” mata al Coronel Parrales en el Portal del Señor, todos los mendigos confiesan que fue ese *pelele* el que lo mató.

A pesar de ello, el Auditor *no lo quiere creer*. El funcionario tortura brutalmente a los mendigos *Viuda y Mosco*. Lo que el Auditor desea es que confiesen que fue el general Eusebio Canales y el licenciado Abel Carvajal los que mataron al Coronel. El funcionario goza de poder. El *Mosco* es asesinado por no haber confesado lo que el Auditor quería, y su cuerpo botado “en una carreta de basuras que se alejó con dirección al cementerio”; por cierto: “¡El cementerio es más alegre que la ciudad, más limpio que la ciudad!”

Anota Augusto Roa Bastos que la raíz de la violencia es el poder y, de hecho, lo que caracteriza a toda novela de la dictadura es la serie de reflexiones sobre el poder, ya explícitas del narrador mismo o sugeridas por éste mediante situaciones narrativas o diálogos entre los personajes. En la alegórica *Casa de campo* (1978), del chileno José Donoso, se afirma que “son las leyes las que crean la realidad, y no a la inversa, y quien tiene el poder crea las leyes”, y en una novela cubana de la época castrista, *La situación* (1963), de Lisandro Otero, se asegura que “la legalidad es la fuerza. La legalidad es el poder” y más adelante: “ante los tanques no hay pueblo ni opinión pública que importe”. Pero las leyes van dirigidas al pueblo, que debe obedecerlas sin rebelarse, como se

afirma en *Yo el Supremo*: “El poder de los gobernantes (...) está fundado sobre la ignorancia, en la domesticada mansedumbre del pueblo. El poder tiene por base la debilidad.” En *El Señor Presidente* es constante el elemento de poder en muchas situaciones narrativas. Así, cuando la esposa del licenciado Carvajal va con el Auditor para tener noticias de su esposo, el burócrata le contesta que “La situación política del país no permite al Gobierno piedad de ninguna especie con sus enemigos” y más adelante: “La Ley es superior a los hombres, señora, y salvo que el Señor Presidente lo indulte...”

II. La fraternidad del infierno

Es sintomático que la palabra violencia (del latín *violentia*), amén del significado que le damos, haya sido en la antigua Roma una diosa. Según el mito, fue hermana de la diosa Victoria, pero también del dios Celo y del dios Poder, alegóricos hijos de Minerva (la sabiduría) y de la Estigia, río de las zonas inferiores. Asimismo, Violencia fue compañera de Júpiter y se le solía representar armada y en actitud de matar a un niño con una maza. En otras palabras, la violencia siempre ha estado vinculada con la Victoria y el Poder.

NOTAS

Ahora bien, en un ensayo contenido en *Origen y fundamento del poder político*, Bovero aclara que el *poder económico* se basa en la posesión de riqueza, el *poder ideológico* en el control de los medios de persuasión y el *poder político* en los medios de coacción física. En las novelas de la dictadura y en la realidad, los tres tipos de poder están íntimamente hermanados y cada uno lleva su dosis de violencia. Un ejemplo clásico es el empresario (léase *poder económico*) que apoya al sistema (léase *poder político*), quien a su vez es apoyado por todo un aparato ideológico, donde la publicidad y la propaganda se unen a la violencia. En *Week-End en Guatemala* (1956), Asturias nos pinta la propaganda mundial de desprestigio al gobierno anterior (se entiende, el de Arbenz, derrocado por los intereses oligárquicos y norteamericanos en 1954), propaganda llevada a cabo por los reaccionarios proestadounidenses. En el capítulo VI, “¡Cadáveres para la publicidad!”, se retratan cientos de asesinados por la dictadura y el aparato ideológico informa que fueron los ‘rojos’ quienes realizaron las ejecuciones.

En la eterna lucha por el Poder siempre ha estado Violencia y sólo Victoria hace su aparición al final. Pero Poder no puede justificarse sólo con Violencia, no es reductible a la

pura violencia, pues de ser así no sería Poder. Debe justificarse con la Ley. Max Weber distingue entre Poder tradicional, cuya legitimidad se reduce a la duración del dominio, el Poder carismático, donde se obedece a la persona del jefe, y el Poder legal, donde el ciudadano —dice Norberto Bobbio— “obedece al ordenamiento impersonal establecido legalmente y a los individuos propuestos por él en virtud de la legalidad formal de las prescripciones y en el ámbito de éstas”. Pero lo que suele hacer un presidente al apropiarse del poder ilegalmente es precisamente dar una imagen, una apariencia de legalidad. En el caso de los golpes de Estado, las justificaciones nunca faltan. Afirma Michel Foucault, jugando con la expresión de Clausewitz que “la política es la continuación de la guerra por otros medios”, a pesar de que el origen mismo de la palabra implica organización social. Ya Rousseau, en *El contrato social*, había establecido que el más fuerte debe convertir su fuerza en *derecho* y la obediencia en *deber*. Maquiavelo divorció la moral de la política, con lo que “el fin justifica los medios”, precepto seguido por tiranos y dictadores desde la más remota antigüedad. El Estado siempre ha monopolizado la fuerza y se ha valido de la violencia para proteger sus intereses y los de sus cóm-

NOTAS

plices. El mismo Weber ha señalado como atributos del monopolio del poder político no sólo la coacción, sino también la legitimidad. Por ello Hobbes, que considera la lucha como factor esencial en la naturaleza del hombre (cuya rapacidad es nata) distingue el Estado Natural (hecho de miedo y lucha) del Estado creado por el hombre con esperanzas y tendiente a la paz.

Pero, a pesar de que la Civilización utilice la violencia, siempre se ha asociado a la violencia de la Barbarie con lo irracional, pasional, emotivo, instintivo o animalesco. Hay autores que afirman que la violencia *per se* es la misma animalidad en el hombre. A nivel cotidiano, es ya tradicional comparar al hombre violento con un animal o con una bestia. Desde el *homo homini lupus*, de Hobbes, hasta ciertos calificativos que la gente suele otorgar a las personas agresivas, el animal irracional ha sido víctima de la incompreensión del hombre.

En algunas obras literarias sobre dictaduras y dictadores hallamos este tipo de comparaciones, que nos servirán para constituir un *Bestiario parcial de las dictaduras literarias*, en el que pondré en cursivas las menciones a los animales. Así, en *Amalia* (1855), novela que a pesar de sus hipérboles, adjetivaciones exageradas, enumeraciones cansadas y exal-

taciones románticas, tiene el mérito de ser la primera novela latinoamericana de la dictadura, el argentino José Mármol dice que en el despótico Rosas “predominan admirablemente todos los instintos *animales*”; en *La sombra del Caudillo* (1928), de Martín Luis Guzmán, se dice que el Caudillo “tenía unos soberbios ojos de *tigre*”; en *Tirano Banderas*, Valle-Inclán llama al tirano ‘garabato de un *lechuzo*’ y ‘*pájaro sagrado*’; en *Oficio de difuntos* (1976), de Arturo Usler Pietri, se dice que Peláez (el dictador) es “como una *boa* que va envolviendo un cuerpo y apretando sus anillos cada momento más y más”, luego se le compara con un animal enjaulado y al final con un animal herido; Jorge Ibargüengoitia escribe *Maten al león* (1969), cuyo título se refiere al opresor; en *Yo el Supremo*, el perro del dictador (Sultán), identificado con su amo, es llamado por el perro Héroe: “Excelentísimo Señor *Perro*” y más adelante el mismo dictador pregunta: “¿No soy Yo en el Paraguay el Supremo *Pelicano*?”, ya que el pelicano ‘ama a sus hijos’, aunque la comparación aquí resulte benéfica; en *Week-End en Guatemala*, Asturias compara al coronel Prinani con un “*murciélago* cabezón envuelto en una telaraña de tierra amarilla”; por último, en *El Señor Presidente*, la esposa del Doctor Luis Barreño le dice a su marido: “A

NOTAS

ti lo que siempre te ha perdido es el miedo...” Barreño acababa de estar con el Presidente y le responde a su mujer: “Pero, mujer, dame uno que sea valiente con una *fiera*.” Asimismo, cuando Niña Fedina está con el Auditor y escucha el llanto de su bebé, encontramos que “se lanzó por una puerta, pero le salieron al paso tres hombres, tres *bestias* negras que sin gran trabajo quebraron sus pobres fuerzas de mujer”.

Por otra parte, aclara Juan Miguel de Mora en *El carnaval de los gorilas* que fue la prensa francesa la primera en aplicar el término ‘gorilas’ “para designar a los guardaespaldas de los jefes de estado y a la policía secreta en general”, pero también se suele hablar de lo ‘inhumano’ o ‘animalesco’ de las torturas. Si bien es justo proponer que las torturas son inhumanas porque van contra la integridad y dignidad del individuo, no podemos hablar de lo ‘inhumano’ comparándolo con lo animal. La violencia no es exclusiva del hombre, puede detectarse en otras especies para las que el dominio territorial es primordial. Sin embargo, existe una diferencia esencial entre el hombre y los animales: el primero pone a su servicio los métodos más sanguinarios, las torturas más cruentas y los engaños y traiciones más impíos para obtener y conservar el poder económico o político, mientras que los se-

gundos, sin estar en cautiverio, sólo defienden su territorio, su hembra y sus crías y buscan el alimento por instinto de supervivencia. Los machos desafiantes y las formas de jerarquía son normales y la agresividad animal —apunta Yves Michaud— “cumple su papel, pero en el marco de regulaciones que inhiben sus efectos nefastos”. Los animales agredidos en medios naturales huyen y no son perseguidos por el vencedor, que no emplea métodos *humanos* como la tortura.

Por otro lado, es igualmente absurdo comparar al hombre pacífico con un animal pacífico, como, por ejemplo, el cordero: eso nos lleva a un maniqueísmo simplista y sin salida. El hombre de todos los tiempos y de todas las culturas, en cambio, ha ejercido violencia y dominio sobre sus semejantes y ha empleado la tortura con diversos fines; en distintos grados y según su circunstancia, ha sido lobo y cordero.

Pero ¿por qué tendemos a animalizar la violencia?, ¿acaso el atávico miedo hacia la naturaleza ha hecho que estigmatizáramos al animal? En las novelas de la dictadura esta animalización responde a una *necesidad metafórica* de expresar (y al mismo tiempo de atacar) la violencia. Es por ello que estas obras son ‘bestiarios’ donde la política, la historia, el mito o la desmitificación, la crueldad o la ironía se hermanan en

NOTAS

este infierno lleno de dolor llamado *mundo*, donde los errores humanos nunca han funcionado para evitar los nuevos errores. En estas obras sobresale lo que llamaré *hierokrato-fanía* o “manifestación del sagrado poder político”.

Hoy, en una época donde el poder económico y técnico constituyen los elementos más valiosos, el humanista y el poder cultural son desplazados y minimizados, acorralados en su pequeño e iluso mundo de ‘ficción’, mientras los llamados ‘realistas’ se dedican a controlar la riqueza mediante todas las formas de poder. La violencia, hermana del poder, es tratada en la literatura latinoamericana para despertar nuestra conciencia y hacernos más conscientes. Desgraciadamente, el poder sólo lee finanzas y economía; su sensibilidad se apega a los números útiles y provechosos. La literatura —representante de la realidad del hombre en todas las épocas— ha mostrado la vileza del hombre, pero rara vez ha obtenido triunfos en la realidad. Los autores mencionados en este ensayo han hecho un intento —esperemos que no del todo vano— por mostrarnos nuestro lado oscuro, y son por ello mismo —para utilizar la expresión de Elías Canetti— ‘sabuesos de su tiempo’. Ahora le toca al Poder responder a los llamados del arte, es decir, aprender a ser también ‘sabueso de su tiempo’.